



Cerrar la Puerta

Lluís Llurba Torre

Gracias a



Colaboran



LA QUINTA ROSA
EDITORIAL

SOBRE
BN

REVISTA CULTURAL
BLANCO Y NEGRO
WWW.ELANCOYELNEGRO.ES

© Lluís Llurba Torre

© De esta Edición La Quinta Rosa Editores

Abril 2018

Edición a cargo de Revista Cultural Blanco Sobre Negro

Maquetación y Diseño La Quinta Rosa Editorial

Agradecimientos a QRComunicacion

Lo puedes leer en

www.blancosobrenegro.es

2

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

EDICIÓN GRATUITA

Cerrar La Puerta

3

Cerrar la puerta

Lluís Llurba Torre

4

EDICIÓN GRATUITA

LA QUINTA ROSA



EDITORIAL

laquintarosaeditores@gmail.com

Quería que supieras
que mi daño es algo que sólo elijo yo.
Que me dejas mecer por tus empujones
como si fueran viento que me coloca lejos de ti
porque todas mis puertas están abiertas
y soy libre.

Elvira Sastre. Libre.

EDICIÓN GRATUITA

SOBRE
BN

REVISTA CULTURAL
BLANCO SOBRE NEGRO

 WWW.BLANCOSOBRENEGRO.ES

 RevistaCulturalblancosobrenegro

 RevBlancoSNegro

 [revistablancosobrenegro](https://www.instagram.com/revistablancosobrenegro)

6

Noemí se había parado al llegar a su rellano, justo antes de abrir la puerta de su piso. Había escuchado el grito de su exmarido, Héctor, y se había asustado. Estuvo mirando durante varios segundos a la puerta de su hogar y, entonces, entendió que había sido su subconsciente el que la había alterado; como una broma de mal gusto de un amigo escondido en la calle que te asusta.

Cuando entró en su casa, su madre, Dionisia, ya estaba cenando porque eran las diez de la noche.

—Has llegado tarde —dijo Dionisia con un tono frío.

—He tenido problemas con las cuentas de la caja, mamá.

—No entiendo por qué eres la maldita encargada del súper.

—Pues para pagar las facturas y dejarle una herencia a mi hijo.

—Vives en mi casa. Tu hijo tiene treinta años; además, fue un buen estudiante y trabaja como notario.

—Sí, es mi mayor orgullo. No ha tenido una vida fácil por culpa de su padre, pero él ha sido fuerte y ha sabido tirar para adelante.

—Sabes que es al nieto que más quiero —dijo Dionisia y, por primera vez, sonrió—. Sé que está mal decirlo, pero es la verdad. No se lo digas a tus hermanos y, menos, a tus sobrinos.

—No, tranquila.

—Su abuelo estaría orgulloso de él. Maldito cáncer que se lo llevó. Él era tan bueno. Fue buen marido, buen padre y buen abuelo. Nunca pisó un bar y, sin embargo, enfermó como un fumador o un borracho. Qué injusto.

—Es una lotería de mierda. —Noemí no estaba a gusto hablando, como cada noche, del mismo tema.

—No, no es justo. Y los cabrones como Héctor siguen vivos. Seguro que está por ahí, maltratando a otra mujer o pegando a una puta para apagar su odio.

—Mamá... —Noemí quería pararla, pero su madre no le hizo caso.

—A tu padre y a mí nunca nos cayó bien. Sabíamos que te habías enamorado siendo una adolescente, que te gustaba porque era un chico malo. Qué pena, cuánto hemos llorado por ti.

—Lo sé, mamá.

—Pero también te digo que ahora estoy muy orgullosa de ti.

—¿Sí? ¿Por qué? —preguntó Noemí sorprendida.

—Eras ama de casa y su esclava. Se ganaba bien la vida construyendo naves industriales. Cuando él se iba a trabajar afuera, tú cuidabas a Ernesto sola. Pero él no se portaba tan bien como tú. Por la noche gastaba en los burdeles lo que había ganado durante el día. Así os fue, que os desahuciaron. Yo me enfadé mucho porque seguiste con él a pesar de tus ojos morados.

—Estaba ciega, no sabía que existía otra vida.

—Pero tú sola te quitaste la venda.

—Mucha gente me ayudó pero, sobre todo, papá, mis hermanos y tú.

—Sí, aunque tú diste el paso de la denuncia, del divorcio... Y ahora que se arruine solo.

—Sí, mamá. Deja el vino, por favor.

—Perdona si a veces estoy muy seria contigo. —Dionisia seguía con su discurso sin escuchar a su hija—. Soy una vieja de setenta y nueve años, no me hagas caso. Son cosas de la edad de una viuda. Yo siempre respetaré a tu padre, pero tú tienes cincuenta y cinco años y todavía estás a tiempo de conocer a otro hombre. El cerdo de Héctor no se merece ningún luto.

—No es fácil conocer a alguien que valga la pena.

—No, no lo es. Perdona si te ha molestado mi comentario sobre tu trabajo.

—No pasa nada, mamá.

—Es increíble lo que has conseguido. Una mujer que nunca había trabajado y, de repente, con cuarenta y cinco años empieza de cajera y ahora es encargada. Has rehecho tu vida y te admiro. Pero han pasado diez años y solo has tenido un novio.

—Era buena persona, pero Agustín no me gustaba.

—Espero que no te gusten aún los malos, hija.

—No llores mamá. Tú también hablas todavía de Héctor después de tantos años.

—Porque en el tema de novios no has avanzado nada.

—Pero no es por amor a ese canalla. Quizás, tengo miedo de conocer a otra persona.

Cerrar la Puerta

Lluís Llurba Torre

—Te entiendo.

—Se ha acabado beber vino.

—Está bien.

EDICIÓN GRATUITA

11



LA QUINTA ROSA
EDITORIAL

laquintarosaeditores@gmail.com

EDICIÓN GRATUITA

12

Al día siguiente era domingo y venían a comer el hijo de Noemí, Ernesto, y Violeta, su pareja. Llevaban dos años saliendo y uno viviendo juntos, desde que Ernesto se independizó. Ernesto quería mucho a su madre y a su abuela. A la primera la idealizaba, era su heroína. Tanto que, diez años atrás, la había ayudado a romper con su padre y desde entonces no lo había vuelto a ver. Más adelante se explicará con detalle este episodio.

La abuela recibió a su nieto como una adolescente que conoce a una estrella del pop. Solo estaba feliz cuando él venía; en cambio, no sentía empatía por Violeta. Era una joven de la misma edad que Ernesto. Trabajaba de taquillera en un museo, aunque había estudiado la carrera de Historia del Arte. Su sensibilidad

encajaba con el talante de Ernesto o, al menos, eso era lo que ellos demostraban.

Violeta quería mucho a Noemí y viceversa, la suegra supo ver su bondad. A Violeta le gustaba estar con Noemí porque era como su segunda madre. Sus padres volvieron al pueblo cuando se jubilaron. Tenía una hermana mayor, pero se veían poco porque Violeta tenía una relación hostil con su cuñado.

La comida fue agradable. Ernesto contaba anécdotas divertidas de su trabajo. Noemí le preguntó a Violeta cómo le iban los estudios. Quería aprobar unas oposiciones para ser profesora de Arte en un instituto.

—Creo que aprobaré. Tengo buenas sensaciones.

—Me alegro —dijo Noemí.

—Está estudiando muchísimo. Vuelve del trabajo y se va al despacho a estudiar. A veces creo que no está en casa.

—Suerte que te tengo a ti —le dijo Violeta a Ernesto—. Está realizando todas las tareas de la casa.

—Muy bien, hijo. Eso es ser un hombre.

—Yo creo que pecas de bueno —dijo Dionisia, tras su tercera copa de vino.

—Mamá, no hables así, es solo temporal.

—Me callo, que luego la cago.

—Yaya, solo te pido respeto.

Noemí y Ernesto no entendían por qué Dionisia no podía ver a Violeta. La madre estaba encantada con la joven y, en cambio, la abuela parecía la suegra celosa de la nuera que le ha robado el hijo.

La pareja se despidió con efusión de Noemí. Esta y su madre discutieron cuando ya estaban a solas.

—Has estado muy desagradable con Violeta.

—Ya sabes que no me cae bien.

—No lo entiendo. Es una chica cariñosa y trata a mi hijo como a un príncipe.

—No, no y no.

—Mamá, no me sueltes el rollo de siempre.

—Me preguntas el motivo de mi mal estar con tu nuera y cuando respondo no quieres escuchar.

—Esa respuesta es una tontería.

—Pero es lo que siento. No me fío de una chica que casi no se habla con su hermana. Eso es mala señal.

—Mamá, eso pasa en todas las familias.

—No en la nuestra.

—Y yo me alegro, pero somos la excepción. Si sigues así, te quitaré el vino en todas las comidas.

—No me puedes hacer eso. Te recuerdo que estás en mi casa.

—Te recuerdo que tu miserable pensión de viudedad no llega para comprar tanto vino, encima no te gusta del barato.

—¡Yo te recogí cuando abandonaste a ese maltratador! —gritó Dionisia, a la que no le gustaba escuchar amenazas respecto al vino.

—Papá y tú.

—Si tu padre viviera, tampoco soportaría a Violeta.

—Te equivocas. Él era el hombre más honrado junto a Ernesto. Papá era genial, solo un santo te habría aguantado con tu vino y tus cambios de humor.

—Yo bebía poco cuando él estaba conmigo.

—Porque te vigilaba. Y ahora que no podemos disfrutar de él...

—¡Se acabó la conversación!

3

EDICIÓN GRATUITA

17

Noemí se encendió como un cohete porque no reaccionaba bien ante las críticas a su nuera. Se fue a dar una vuelta por la ciudad para no decirle a Dionisia cualquier barbaridad de la que después se arrepentiría.

En la calle pensaba en Héctor. Habían pasado diez años desde que lo dejó, y todavía sufría secuelas de los malos tratos. Había una avenida que aún le costaba pasearla. El recuerdo era el rugido de un león que le hacía temblar. En esa calle, Héctor la había perseguido, en la madrugada de un sábado, porque ella había escapado de casa para denunciarlo en la comisaría. Él estaba durmiendo en el sofá y se despertó por el ruido al cerrar la puerta.

La avenida estaba vacía y eso era algo que perjudicaba a Noemí por razones obvias. Era una cloaca enorme que la asfixiaba y los edificios, con las luces apagadas, parecían muertos que no podrían ayudarla. La avenida era un piso con la puerta cerrada en el que Noemí no saldría bien parada. No obstante, una persona tenía la llave y la abrió desde fuera.

Ernesto estaba con unos amigos en la discoteca. Dio la casualidad de que el joven conoció a una chica y se gustaron. Se fueron de allí para ir a un hotel y la avenida estaba de camino.

Noemí recordaba que corría y no veía a nadie para pedir auxilio. Escuchaba su propia respiración irregular, como si fuera un ciervo herido por el escopetazo de un cazador. El miedo fue un ladrón que le hurtó la voz. Entonces vio dos figuras, no las reconoció y no le dio tiempo de llegar a ellas, porque Héctor la empujó y la tiró al suelo.

Él había olfateado la zona y atacó cuando creyó que no había nadie, pero se equivocó. Ernesto lo vio todo. Estaba lejos y no reconoció a sus padres, aunque sospechaba que podrían ser ellos. Le dijo a la chica que algo extraño pasaba y que tenían que ir. Ella se negó. Ernesto no la escuchó y se fue corriendo hasta que supo con certeza que la mujer que lloraba era su madre. Noemí estaba tumbada y recibía patadas suaves, porque Héctor no quería llamar la atención con los gritos de su mujer.

Ernesto chilló a su padre para que parara. Él le contestó que se fuera de allí, porque no pintaba nada con todo eso.

—Eres un niño y no sabes nada de la vida ni de las mujeres.

—Te aviso por última vez —dijo Ernesto.

—Ja, ja, ja. Sigo siendo más fuerte que tú. ¿Ya no recuerdas que hace un año acabaste llorando por defender a tu madre?

—He estado entrenando para salvar a mamá. —No dijo nada más.

Noemí vio a su hijo correr y golpear a Héctor. Le pegó con tanta rapidez que el padre no pudo esquivar ni un golpe; su cara quedó como tantas veces había terminado la de ella. Sangraba por la nariz y sus ojos expresaban asombro y miedo.

—Vete de aquí o te mato. No quiero verte nunca más.

Héctor se fue. Ernesto levantó a su madre, se fueron a la comisaría y, después, a casa. De camino, el hijo le explicó que llevaba un año yendo a clases de boxeo, era mentira que estuviera en la biblioteca. El abuelo era quien le pagaba las clases. La mochila y la ropa para entrenar estaban en su casa. Fue el nieto quien había propuesto el boxeo tras la paliza que sufrió a manos de Héctor y al abuelo le pareció una buena idea.

El maltratador fue al piso a la mañana siguiente. Esperó que su hijo se fuera a la universidad y entró con las llaves. Noemí estaba sentada en el sofá sin hacer nada. Sabía que él vendría. Héctor le pidió perdón y le prometió que cambiaría.

—Lo de siempre y luego nada —respondió Noemí.

Héctor lloró. Unos minutos después, cuando entendió que sus lágrimas no lograban su propósito, se enojó. Noemí lo echó del piso. Le tiró un espray a los ojos y le dijo que por la madrugada había ido con Ernesto a denunciarlo a una comisaría. Lo estaban buscando, estaba todo perdido para él.

Al día siguiente, Noemí y su hijo se fueron a vivir a casa de los abuelos. Toda la familia apoyó a Noemí y, durante varios meses, nunca la dejaron sola. Cuando Héctor se acercaba a ella en cualquier calle de la ciudad, tenía que retirarse para no acabar herido o detenido.

Se divorciaron. Pero Héctor siguió acosándola con llamadas telefónicas y persiguiéndola por el barrio. Así estuvo varios años. Nunca volvió a pegarle; aunque, tras varias denuncias por incumplir la orden de alejamiento, pasó unos meses en prisión.

Salió. Creyó que la ley estaba a su favor, porque solo había estado unos meses en la cárcel por muchos años de malos tratos. Intentó acosar de nuevo a Noemí. Fue hasta el piso de sus exsuegros. Ella estaba sola y abrió la puerta cuando él llamó; se asustó al ver a Héctor, pero estaba preparada. Ernesto le había dado clases de boxeo y le rompió la tráquea nasal de un puñetazo. El ex se fue corriendo y nunca más supo de él.

Y allí estaba Noemí después de tanta penuria, paseando por aquella maldita avenida. A pesar de que había sabido defenderse, todavía estaba amarrada al horror. Giró en una calle paralela y vio a su nuera sentada en un banco. Ellos vivían cerca de allí. Estaba llorando y miraba al suelo.

—Violeta, ¿qué te pasa?

—Nada —dijo sorprendida y alterada.

—¿Dónde está Ernesto?

—Con unos amigos.

—¿Y por eso lloras?

—No. Me he vuelto a pelear con mi hermana.

—Ya.

—Necesitaba tomar el aire —dijo Violeta sin recuperar la serenidad.

—Te llevo a tu casa. Aquí no estás segura.

Noemí acompañó a su nuera. Se había quedado helada al ver la mirada de horror de Violeta. Le había recordado un día en el que ella se miró en el espejo tras una paliza de Héctor. Pero no podía ser. Seguro que era otra secuela de su pasado. Dejó a Violeta en su casa y no quiso dar más vueltas a lo sucedido. Tampoco le comentó nada a Dionisia.

Al día siguiente llamó a su empresa para solicitar un día de asuntos personales. El director del supermercado no objetó nada, a pesar de que no había avisado con antelación, porque Noemí era cumplidora.

La suegra fue a ver a su nuera al trabajo. Fue una sorpresa mayúscula enterarse de que no había ido a trabajar. La taquillera sustituta le dijo que estaba estudiando. Noemí no creía en las casualidades. Se fue al piso de la joven pareja. Llamó al interfono y nadie respondió. Ella tenía las llaves. Dudó si abrir o no, pero la inquietud fue tan persuasiva que acabó obedeciéndola.

Y lo que vio la aterró como si ella fuera Violeta.

—¿Qué haces aquí? —dijo Violeta llorando—. No puedes estar aquí —hablaba sentada en el suelo sin levantar la cabeza.

—¿Qué coño está pasando? —Noemí levantó la cabeza de la joven y gritó cuando vio su ojo morado—. No puede ser, ¿te lo ha hecho mi hijo?

—Fue por mi culpa. Yo me enfadé con él porque salía con sus amigos. Me chilló y por eso bajé a la calle. Cuando volvió nos peleamos de nuevo y...

—¿Es la primera vez?

—No, pero tampoco han sido muchas. Solo cuando me enfado con él, cuando lo controlo en exceso.

—No, no, no y no. Tú no eres la culpable. Si no estáis bien, pues os separáis, pero esto es un crimen. Es mi hijo, no me puedo creer lo que voy a decir, pero tienes que dejarlo.

—Me ha prometido que irá a un psicólogo.

—Prometen la luna si hace falta...

—¡Calla! —gritó Violeta—. Tú sabes que tu hijo no es como ellos. Me lo prometió ayer. Yo lo creo. Él te salvó a ti de tu ex, él pegó a su padre maltratador para defender a su madre, él odia a su padre y se odia cuando me hace esto. No se lo digas a nadie, por favor, a nadie.

—Está bien, esperaremos un poco —contestó Noemí tras escuchar la súplica de una niña asustada.

Si el hombre no hubiera sido su hijo, en ese mismo momento se habría llevado a Violeta a la comisaría, por muchos reproches que hubiera escuchado. Pero era su hijo y quería creer en su promesa.

Noemí le explicó a su madre lo que le había jurado a Violeta que no contaría. Estaba confusa y tenía que hablar con alguien. Sabía que sería duro para Dionisia, que, por suerte, estaba serena.

—¿Y tú te has creído a esa chica? ¿Piensas que tu hijo haría algo así después de haber vivido con Héctor? —preguntó con tono altivo.

—No lo creo. Pero mis ojos han visto lo que han visto.

—¡Bah! Seguro que quiere amenazarlo para sacar unos cuartos. Seguro que se lo ha hecho ella. Hoy en día, hay mucha petarda

que denuncia y es mentira. Es imposible que mi nieto haga algo así. Por eso te ha pedido que no se lo digas a nadie.

—Mamá, tú no sabes las contradicciones que sentimos las mujeres maltratadas.

Hablar con Dionisia no había sido una buena idea, pero la angustia no es conocida por ser una buena consejera.

Noemí estuvo de mal humor durante los siguientes días. Evitaba a su madre porque no le apetecía discutir sobre Ernesto. En su interior había una guerra nuclear que arrasaba con su calma. Si Violeta mentía, no merecía su perdón. Si decía la verdad, desconocía cómo actuaría con su hijo.

Porque era su hijo. Aquel joven que había pegado a su padre por salvar a su madre. Muchos, por no decir todos los demás, de los chicos de la edad que tenía Ernesto cuando pegó a Héctor se habrían paralizado y no habrían sabido cómo actuar. Pero Ernesto, no. Por eso mismo, no entendía nada.

Otra duda que tenía Noemí era si debía visitar a Violeta. Era consciente de que hablar con su hijo no era una buena idea por la seguridad de su nuera. Decidió que iría el domingo, sin avisar, para descubrir la verdad.

Sus pensamientos la molestaban como el ruido de un martillo electrónico que pica las baldosas del suelo. Intentó apagar la máquina durante muchas horas, pero al piso ya no le quedaba ninguna baldosa.

El domingo llegó y las convulsiones la marearon. Caminaba lenta, como una anciana sin la voluntad de vivir. Rodeó la manzana y dio varias vueltas con la esperanza de ver bajar del piso a la joven pareja con mucha alegría.

A los veinte minutos entendió que no sucedería. Se arrepintió de su actitud medrosa y recordó la mirada de terror de su nuera. Ella había sido una mujer maltratada y, quizás, Violeta era otra.

Llamó al interfono del vecino, porque se le ocurrió que podía preguntarle por la relación de Ernesto y Violeta, pero al segundo de llamar, pensó que era una idiotez.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina alterada—. ¿Sois la policía? Corred, porque ese cabrón matará a esa pobre chica.

Estaba claro que la vecina se refería a su hijo. Había llevado las llaves y, ahora sí, nació en ella la fuerza para abrir la puerta y no perder el tiempo en estúpidas preguntas.

Subió aquellas escaleras con la energía de un niño que sube a su casa a jugar a la consola. Se encaró a la puerta y la abrió como los policías de la UDYCO para detener a unos traficantes.

Al entrar en el piso había un pasillo de unos siete metros. A la izquierda del pasillo había una habitación, que era el despacho de ambos, la cocina y uno de los dos lavabos. Después del pasillo había una puerta cerrada, que era la frontera para ir al comedor.

Desaceleró el paso y escuchó los latidos de su corazón como los pasos de un gigante. A punto de abrir la puerta, escuchó un lloro que estremecería hasta a la muerte, pero no a Ernesto, que se quejaba:

—Estoy harto de que controles mi vida como si fuera un crío y tú luego estudias con un amigo, o eso dices tú, ¿qué es un amigo?

Y la puerta se abrió.

—¡Mamá!

—¡Mamá! ¿Mamá me llamas? —Noemí lo abofeteó—. ¿Tú eres hijo mío o de tu padre?

—No, no, mamá —ignoró a Violeta y miró con dulzura a su madre—. Soy tu hijo, no lo dudes.

La joven, tumbada, había estado recibiendo patadas en las costillas. No se movió ni un centímetro del suelo, a pesar de la actitud sumisa de Ernesto con la aparición de Noemí.

—Tú eras una santa que nunca se quejaba de nada —dijo Ernesto—. Pero Violeta me saca de mis casillas. Vivo en un Estado policial.

—Tu respuesta es desproporcionada, Ernesto. No tienes razón. Lo mismo me decía tu padre.

—Mamá, por favor, ayúdame. —Ernesto se arrodilló y la abrazó—. Iré a un psicólogo, mamá.

—Ahora lloras, igual que tu padre.

—A ti no te puedo mentir, ¿dónde vas?

Levantó a Violeta. La abrazó y les habló a los dos.

—La vecina ha llamado a la policía. No tardarán en llegar. Violeta, ¿quieres denunciar? —Violeta negó con la cabeza—. Bien, lo haré yo.

—¿Qué dices, mamá? Soy tu hijo.

—Y también eres hijo de tu padre.

—Después de lo que hice por ti...

—Eso es un recurso de cobardes. No irás a la cárcel. Sé bien cómo funciona. Necesitas un correctivo, una noche en el calabozo o algo así. A mí me duele mucho.

—No lloras, mamá.

—Las lágrimas no fertilizan. No voy a consentir que mi hijo sea un maltratador. Soporté a tu padre, pero tú me enseñaste que ninguna mujer tiene que vivir encerrada.

—Violeta, amor. —Ernesto le hablaba a su novia con voz melosa—. Yo te quiero, perdona. Me he dado cuenta de que me he equivocado gracias a mi madre. Cambiaré, te lo prometo, mi amor.

—Ese es el problema. Pensáis que somos posesión vuestra; no es «mi amor», sino «amor».

Cuatro policías llamaron al timbre.

—Voy a abrir, Ernesto.

—No, mamá.

—Es para hacerte un hombre de verdad.

—Ya lo soy. Hago las tareas de la casa y no me quejo. Díselo, Violeta.

—Es un pequeño paso pero tienes que entender que, si vives con tu novia, no puedes hacer lo que te dé la gana.

—Lo entiendo, mamá, te lo prometo.

—Como si lo juras. No se aprende algo así tan rápido.

Noemí fue a abrir la puerta. Ernesto no lo evitó, porque sería incapaz de golpear a su madre. Los policías entraron. Noemí explicó lo que había sucedido. Violeta se negó a denunciar, no obstante, Ernesto se fue con dos agentes para pasar la noche en el calabozo. Ernesto lloraba y pedía perdón a Violeta; también le dijo que la quería mucho. Noemí no dijo nada de denunciar, sabía que era una cuestión de Violeta.

Violeta contestó a las preguntas de los otros agentes. Fueron al hospital para el parte de lesiones. Antes de irse de allí, los policías avisaron a Violeta de que la llamarían de la comisaría; también le informaron sobre una asociación de mujeres maltratadas por si necesitaba ayuda, aunque era una opción voluntaria.

Noemí y Violeta volvieron a la casa de la joven. Estaba sentada en el sofá y su suegra le limpiaba la cara.

—Tienes que venir conmigo.

—No, Noemí. Gracias.

—Aquí sola no te puedes quedar.

—¿Por qué?

—Porque te autodestruirás en esta casa. Te lo digo por experiencia.

—Tu madre no me soporta.

—Ahí tienes razón. Pero no quiero que te quedes sola. Tus padres están lejos y con tu hermana no puedes vivir por culpa de tu cuñado. Pero no estás sola, me tienes a mí. Vente conmigo.

—Quédate en mi casa.

—No.

—¿Por qué?

—Una casa que no es tu hogar no es tu casa.

Violeta estaba mustia y obedeció a su suegra, como si fuera el miembro sin voluntad de una secta. En casa de Dionisia, todo fue muy complicado. Noemí le explicó la historia y su madre explotó.

—¡Es tu hijo! ¡Es tu hijo!

—Lo he hecho por su bien.

—Seguro que esta lo ha cabreado mucho.

—Mamá, no digas tonterías. ¿Yo enfadaba a Héctor?

—No compares a mi nieto con tu ex.

—Es su hijo.

—Noemí, no me jodas. Es mi nieto y ella no se queda. Si estuviera aquí tu padre...

—Me daría la razón.

—¡No me cortes! ¡Fuera las dos! No vuelvas aquí hasta que estés del lado de tu hijo.

—Ya lo estoy. Nos vamos, mamá. Y recuerda que tú me pariste y ese cabrón me pegó. Yo no quiero decir que he parido a un cobarde cabrón. No sabes todo el dolor que me ahoga. Nos vamos y espero que, algún día, dejes de beber y entiendas lo que pasa.

—¡Fuera de aquí las dos! ¡Mala madre! ¡Mañana iré a rescatar a mi nieto! ¡Mala madre!

Fueron a un hotel cercano a su barrio. Durmieron en la misma habitación. Tuvieron una discusión para pagar la estancia y, al final, triunfó la justicia salomónica.

Violeta empezó a hablar, como lo hacía en los tiempos felices, pero sin esa alegría:

—No te he dado las gracias por todo lo que has hecho por mí.

—Faltaría más. Eres como mi hija.

—Pero él es tu hijo, sin el «como».

—Sí. Y ya te he dicho que lo hago por su bien.

—Yo lo quiero aún, creo, no lo sé. ¿Cómo he podido reaccionar como un ama de casa de hace sesenta años?

—Como yo.

—Perdona... —Violeta se sonrojó.

—No pasa nada. Con el tiempo entenderás que eso no importa. Cae cualquier persona. Tú eres de clase media, estás enamorada del arte y te ha sucedido lo mismo que a esta ama de casa inculta —dijo Noemí sin reproche, sino como la lección de una maestra experimentada en el tema de la asignatura.

—Sí. Él nunca ha protestado por hacer las tareas de casa, pero no soportaba que su novia le exigiera tiempo para ella. Incluso llevaba bien el tema de mis estudios.

—Violeta, perdona que cambie de tema. —Noemí, en realidad, estaba cansada de hablar sobre este aspecto una y otra vez.

—No pasa nada, dime.

—Mañana iré a trabajar, no puedo faltar.

—Yo iré al médico a coger la baja laboral. No puedo ir así. Esta semana he ido maquillada y algo disimulaba. Pero mírame ahora...

—Es lo mejor, Violeta.

—¿Y mañana qué?

—¿Qué quieres hacer? ¿Quieres dejar a mi hijo? Lo entendería. Yo seguiré con él. A partir de mañana, voy a cuidarlo para que controle su ira. Lo obligaré a ir a un psicólogo, pero eso no es responsabilidad tuya. Tú ya has sufrido bastante.

—Como te he dicho antes, no sé si lo quiero.

—Lo suyo por ti no es amor.

—No estoy preparada para otra vida, Noemí.

—Es normal. Poco a poco. Primero tienes que cerrar esta puerta y, con el tiempo, se te abrirán otras.

—Supongo que te refieres a la puerta de la libertad.

—Y de las amistades, de la familia y, quién sabe, de un nuevo amor.

—No voy hablar contigo de eso. —Se sonrojó Violeta.

—Vuestra relación no funciona y él tiene que entenderlo. Tú también tienes que entenderlo.

—La evidencia de que no puede ser mi novio es un paraguas que me protege de la lluvia. Pero hay un viento que puede romper varias varillas y puedo acabar mojada de nuevo.

—Comprendo. Yo he sufrido por eso. Ernesto es mi hijo, lo ayudaré. Pero a ti no te dejaré sola. Él nunca sabrá nada de ti.

—Gracias de nuevo.

—Nos tenemos que proteger entre nosotras.

—¿Mañana nos veremos aquí?

—Por la noche.

No hablaron más. Ambas estaban tumbadas en la cama y no podían dormir. Violeta le dio mil vueltas al asunto y concluyó que, quizás, tendría que hacer las paces con su hermana y su cuñado. No podía ser tan testadura. Se lo comentó a Noemí, a ella le pareció una buena idea.

—Mañana iré a hablar con mi hermana y mi cuñado. Les explicaré toda la verdad y les pediré perdón.

—Te entenderán y te perdonarán.

—Es lo mejor: vivir la vida. Estos últimos meses no me he reconocido. Pero se acabó. Nadie me tiene que destruir como persona —dijo Violeta mirando a Noemí, que aprobaba sus palabras.

—Está bien. Yo volveré a casa de mi madre. Mañana le diré a Ernesto que no quieres seguir con él y que yo no sé dónde estás.

—No es tonto. Seguro que irá a buscarme a casa de mi hermana. Pero yo le cerraré la puerta.

No durmieron en toda la noche. Noemí estaba nerviosa por ver a Ernesto. Violeta, en cambio, sentía miedo de comenzar una nueva vida, pero ya había tomado la decisión y nunca más la secuestraría nadie.

No solo había cerrado una puerta, ya había abierto otra.

L'Hospitalet de Llobregat. Jueves 28 de septiembre de 2017.